

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes. 6 reales.
 Por tres id. 16 »
 Por seis id. 32 »
 Por un año. 60 »

La suscripcion empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente á la Administracion, dirigirse al Administrador D. Sebastian Casellas y Segura.



PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Administracion ó por comisionado. . . 24 reales.
 Por seis id. 42 »
 Un año. 80 »
 ESTRANJERO, tres meses. 30 »
 ULTRAMAR, un año. 6 pesos.

La suscripcion empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se haya recibido en esta Administracion en letra ó sellos de franqueo.

GIL BLAS.

ADVERTENCIA.

Los suscritores de GIL BLAS comprenderán los motivos que nos obligan hoy á ser reservados.

Dentro de poco realizaremos las mejoras que desde 4.º de año nos habiamos propuesto llevar á cabo, y son entre otras:

1.º Además de los artículos políticos sobre las cuestiones del dia, continuará la *Galería de contemporáneos*, interrumpida hoy por las nieblas.

2.º Con el título de *Fotografía cómica de las Cortes* habrá una seccion destinada á dar cuenta de cuanto ocurra en el Parlamento:—leyes, discursos, oradores, etc.

3.º Alternando con los dibujos de actualidad, se publicará una coleccion de retratos en caricatura de todas las notabilidades en política, artes y ciencias. Esta seccion llevará por título *Los grandes hombres del dia*, y está encomendada á nuestros primeros dibujantes.

Todo esto unido á la belleza y esmero de la

impresion, y al buen humor que Dios nos conserva á pesar del cólera y otros escesos, harán comprender á cualquiera hijo de vecino que GIL BLAS procura corresponder al favor del público.

El idem.—¿Quién oye esto y no se suscribe al instante?

GIL BLAS.—Ahí llaman.

UN GÉNIO.

Mientras la Academia no amplíe la significacion del vocablo *génio*, será imposible escribir en buen castellano la vida de mi amigo Pedro Perez.

Pedro, en efecto, es todo un génio: al ménos por tal le reputamos cuantos concedemos crédito á su palabra.

Desde niño mostró Pedro el nobilísimo afan de ilustrar su nombre. Aun escribia *de segunda*, y ya en la anteportada de todos sus libros se leia esta inscripcion invariable:

«Si este libro se perdiere
 Como suele acontecer

Suplico aquí en selo aye
 Quémelo sepa golber
 Y sinosabe mi nonbre
 Haqi vago lo pondre
 Soy de PEDRO PEREZ Y FERNANDEZ DE TUDELA
 Que loa de menestel.»

Con los años fué creciendo este amor á la gloria y á la publicidad. Mientras sus amigos jugaban á la pelota ó á la rayuela, Pedro huía de aquellos frívolos placeres, y con la llama del génio en los ojos y un carbon en la mano pasaba las horas de recreo, ilustrando con su nombre y apellido las paredes y puertas del lugar. La iglesia, la cárcel, la casa consistorial; todos los monumentos públicos de la patria guardaban inscrita en sus muros la gloriosa firma de Pedro Perez.

Su vocacion literaria empezó á revelarse en la atencion con que escuchaba las interesantes controversias del boticario y del sacristan, á propósito de la moralidad ó inmoralidad de las novelas de *Jorge Sanz*, de *Federico Dumas* y de *Alejandro Suez*.

Una tia suya, que tenia sus puntas de poetisa (la poesía es endémica en ciertas familias), le regaló las obras de Larrañaga, y aquella circunstancia decidió de su suerte futura. ¡Misteriosa simpatía del génio!

EL HOMBRE ELÁSTICO.

I.

La ciencia médica, con ser ciencia y todo, no sabria definirme un caso que puedo yo presentarle.

Mi caso se llama D. Bernabé.

¡Y es flojo el caballero D. Bernabé, por vida mia!

No hay quien pueda con él; sobre todo en ocasiones determinadas.

Para que el lector se convenza de la originalidad de mi personaje, me bastará decirle lo siguiente:

Todo personaje de novela necesita ser descrito.

Esta es la costumbre establecida por los novelistas; desde los tiempos más remotos hasta nuestros dias, desde Mateo Aleman hasta Manuel Angelon, y desde Cervantes á Fernandez y Gonzalez.

Pues bien, yo no puedo describir á mi héroe.

Figúrese el curioso lector que comienzo á decirle que D. Bernabé es un hombre muy gordo, muy gordo, muy gordo!

Como me detenga mucho en la descripcion, al concluir la me encuentro con que D. Bernabé es un hombre muy flaco, muy flaco, muy flaco!

Y vice-versa.

Hé aquí lo original de este tipo. D. Bernabé es un hombre elástico.

II.

Sí á fé. La enfermedad de D. Bernabé no tiene nombre, no tiene ejemplo, no tiene remedio conocido.

Cada ocho dias, D. Bernabé se pone sumamente grueso; tanto, que no parece sino que el pobre señor es pariente de Ferrer del Rio; pero esto no dura nunca más de una semana. A los ocho dias cabales, ya tiene Vd. á D. Bernabé lo mismo que un fideo.

Ha ido á Paris, á Londres, á Nápoles, á Madagascar, á Pinto, y otras capitales importantes, buscando un remedio, un medicamento que combatiera este tira y alloja de su naturaleza. Pues no señor, no hay remedio humano.

Primera semana del mes; D. Bernabé gordo.

Segunda semana del mes; D. Bernabé flaco.

Tercera semana; D. Bernabé como una tinaja.

Cuarta semana; D. Bernabé como un lapicero.

Estó da lugar á escenas... divinas.

III.

Era el dia 8 de abril del año pasado. D. Bernabé se encontraba en el periodo álgido, en el dia de la crisis. Se cumplia la semana de las *flaquezas* y comenzaba la semana de la *grasa*.

Mi hombre bajaba por la calle del Arenal, como una flecha.

¡Es claro! La carne no le estorbaba y el caso era propio para correr.

Por la calle iban dos modistas de esas que los inteligentes llamamos de *órdago*.

Pues señor, que D. Bernabé tenga periodos de *lucidez* y de *pleonasma*, no obsta para que tenga un corazon sensible y tierno como una rosca del dia, sobre todo, cuando se trata de modistas guapas.

Y cátele Vd. entusiasmado.

—¡Benditó sea Dios y qué linda es Vd.! le dice á una de aquellas apreciables jóvenes.

La chica no responde por ahí te pudras.

—¡Me está Vd. haciendo la gracia de Dios, niña!

Ni por esas.

—¡Vivan los lunares bonitos!

La muchacha continúa muda.

—¡Diga Vd., niña, han prohibido el hablar?

—Hágame usté el favor de retirarse, *cabayero*; dice una de las señoritas.

—¡Como que me voy yo á retirar sin decirle á Vd. todo lo que traigo en el alma!

—¿De veras?

—De veras.

—¡Y vá á ser muy largo eso?

—Bastante, hija.

—Pues mire usté, á mi no me gustan las conversaciones largas.

—Figúrese Vd. que yo las digo pronto...

—Yaya, *cabayero*, no tenga usté gana de divertirse...

—¡Eso nunca! ¡Oiga Vd., prenda!

—Mire usté...

—Quiero acompañarla...

—¡Si vivo muy lejos!

—Mejor, así andaremos más rato juntos.

—Jesus, y qué cosas tiene usté.

—No lo sabe Vd. bien, niña mia.

—¿Y qué vá usté á proponerse con seguirnos?

—¡Que Vd. me quiera!

—¡Puede!

En fin, D. Bernabé se arregló con una de las chicas, que con perdon de Vds., se llamaba Eulogia. (¡Eche Vd. nombre!)

Eulogia era bastante sentimental; habia leído varios li-

En vano le envió su padre á estudiar filosofía en el Instituto de la capital. Tres veces cursó el primer año, y otras tantas lo perdió.—Los laureles de Larrañaga le robaban el sueño, y no le permitían atender á sus estudios. Sin embargo, al regresar de su tercera campaña académica ya se había nutrido con la lectura de cuanto necesita el génio para volar en alas de la inspiración, á saber: *Los misterios de Paris*, *El Diablo Mundo*, la *Profesión de fé del siglo XIX* y el *Fausto*, traducido directamente del francés para el folletín de *Las Novedades*.

Como obras de doctrina, había hojeado la *Galería de la literatura española*, de D. Antonio Ferrer del Rio, y algunos capítulos de la *Estética*, de D. Federico Gomez Arias.

Por entonces escribió sus primeras quintillas ¡¡¡A Ella!!! y su primera oda *El Caos*, que no pudo ver la luz pública por el atrevimiento de sus ideas.

Con este caudal de conocimientos y este repuesto de obras determinó tomar el camino de Madrid y lo hizo como lo pensó,—contando por supuesto con la vena de su padre, que lloraba de entusiasmo al leer las lucubraciones del inspirado vate en agraz.

Decir que desde el primer momento halló libre y desembarazado el camino de la gloria sería faltar á la verdad, y lo que es más, á la verosimilitud. Antes de ver su nombre volando en alas de la fama, tuvo que devorar muchas horas de amargura, y algunas arbores de garbanzos.

En vano esperaba una ocasión propicia para darse á conocer: por ejemplo, el suicidio de algun hombre ilustre, que le permitiera, á la manera de Zorrilla,

Brotar como una yerba corrompida
Al borde de la tumba de un malvado.

¡Vana esperanza! En esta época de prosa vil, los hombres ilustres van dando en la ridícula manía de vivir mientras Dios no dispone otra cosa.

Para consolarse de esta desgracia, en sus ratos de ocio, que eran todos los del día, se ocupaba en escribir sus *Memorias*.

Al fin la suerte le proporcionó un medio de dar pábulo á su inspiración. Un conocido suyo, profesor de caligrafía, hizo para muestra de su academia el retrato *rasgado* del general X, que no había más que ver. Con tan fausto motivo, nuestro poeta le dedicó una oda de doscientos cincuenta versos, titulada ¡*El Arte!* en la cual comparaba con Apeles al susodicho calígrafo, lo cual equivalía á comparar con Alejandro al susodicho general. El calígrafo recomendó los versos á un amigo de cierto primo de la mujer de un cuñado de la directora de EL CLAVEL, *diario semanal* de literatura y modas, el cual, al cabo de ocho días, daba á luz en sus columnas la oda, con una *nota de la redacción* escrita por el mismo Pe-

bros del padre Claret y algunos dramas de Zorrilla, y escuso decir á Vds. que tenía la cabeza á pájaros, pero á pájaros gordos, como D. Bernabé, por ejemplo. Cierta es que conoció á D. Bernabé muy flaco, pero ¿se me negará que existe el presentimiento?

Pues señor, como era ya tarde, y á la modista la esperaba mamá para que pusiera en remojo los garbanzos, y la hermanita estaba volada de no llevar al lado otro colgante como D. Bernabé el interesante, Eulogia determinó citar á su adorador para la noche siguiente.

Le citó para la fuente de la plazuela de Jesus á las nueve en punto.

Y D. Bernabé se retiró hecho un brazo de mar; era feliz y le retozaba la juventud, como dice un autor ilustre, que era un gusto verlo.

IV.

Mientras en la calle del Arenal sucedía lo que queda dicho, en la de Lope de Vega mantenían animado diálogo tres personas.

Una de ellas era un hombre alto, fornido, bastante feo, con una voz más espantosa que la de esos tenores que nos propina el amigo Caballero cada quince días. Las que le escuchaban eran dos jovencillos de aire provocador, bajos de cuerpo y de mirada insultante; hombres capaces de pegarle una *puñalá* al caballo de la plaza de Oriente.

—Chicos, decía el primero, estoy ya en el caso de armar una *escandalera* que se hunda el barrio. Porque á mí no me dá nadie una desazon, y ó es uno hombre ó no lo es, y tiene uno amigos ó no los tiene... ¡Pues! ¡Digo yo! ¿Eh?

—Claro está, hombre, claro está. ¿Qué sucede?

dro, en que se tributaban merecidos elogios al «nuevo astro que despuntaba en nuestro horizonte poético.»

La noche en que Pedro volvió á casa después de corregir las pruebas de su obra, inclinó instintivamente la cabeza por miedo de chocar con el dintel. Al día siguiente compró un retrato de Espronceda, lo pegó con cuatro obleas sobre su *mesa de estudio*, se dejó crecer la melena,—y esperó:

Su casa fué desde entonces el punto de reunión de todos los génios ignorados, que aun no habían tenido la fortuna de hacer una oda en loor de un calígrafo conocido de un amigo de cierto primo de la mujer de un cuñado de la directora de EL CLAVEL, *diario semanal* de literatura y modas.

En aquella reunión se leían algunos versos, se fumaban bastantes puntas de cigarros y se hablaba mucho del génio, de la grandeza del génio, de las amarguras del génio, de la autonomía del génio y de la misión del génio en la tierra.

Al cabo de un mes la reunión se había convertido en *Liceo* y los concurrentes en socios. Pedro, elegido presidente por unanimidad de cinco voces, inauguró las tareas pronunciando un largo discurso sobre el génio, sobre la grandeza del génio, sobre las amarguras del génio, sobre la autonomía del génio, y sobre la misión del génio en la tierra.

Al cabo de otro mes el *Liceo* tenía su órgano en la prensa; es decir, un pliego de papel que, con el epigrafe de *El Génio*, y por el módico precio de dos cuartos, se vendía (y no se compraba) en la Puerta del Sol. En él cada semana se disertaba largamente acerca del génio, de la grandeza del génio, de las amarguras del génio, de la autonomía del génio y de la misión del génio en la tierra.

En el primer número se decía que el inspirado joven D. Pedro Perez estaba escribiendo un drama en cuatro actos y un prólogo, para el beneficio de uno de nuestros primeros artistas.

En el segundo se daba la noticia de que el reputado joven D. Pedro Perez, tenía muy adelantado su drama.

En el tercero se repetía que el drama del eminente poeta D. Pedro Perez, estaba ya casi concluido.

En el cuarto se anunciaba que el admirable drama del ilustre poeta D. Pedro Perez, sería presentado en breve á la empresa de uno de nuestros primeros teatros.

El drama fué presentado en efecto á la empresa del Príncipe, que lo desechó, después á la del Circo, que lo desechó, luego á la de Variedades, que lo desechó, y últimamente á la de Novedades que,—cosa increíble!—también lo desechó.

Pedro y sus amigos atribuyeron modestamente aquel revés á intrigas de Hartzenbusch, de Ayala, de Tamayo y de otros cuantos envidiosos, incapaces

—¡Naá, hombre! Yo tengo ahí cerca una mujer ¿te enteras? una mujer que es pa mí y no es pa nadie, porque yo, cuando digo que quiero á una mujer, es que la quiero, ea! ¿te enteras?

—¡Mucho!

—Pues bueno; esta mujer ¿comprendes tú? esta mujer, que es la doncella que sirve ahí en el cuarto principal de casa del capitán, ¿eh? me quiere á mí... ó no me quiere, ¡qué canastos! porque al fin... quien se fía de ellas, ¿no es eso?

—¡Verdá!

—Pues bien, yo vengo toas las noches ahí á la esquina y estoy á la vera de la casa, porque luego ella sale ¿me comprendes? y hablamos ahí un rato, y en fin... pues *naá*, que hay un tío, que creo es procurador ó cosa así, que vive enfrente, y á mi modo de ver le ha gustao la chica, y viene ahí toas las noches, y baja y se planta en la esquina, y está mirando *ar barcon* y en fin, ¡que estoy ya frito de ver al tío ese!

—¡Ya te entiendo, hombre!

—¡Y yo! no hay mas que hablar, ¿hay mas que pegarle dos *guantás* y quitarlo de enmedio?

—Pues eso quiero *icar* yo, ¿comprendes? porque á mí no me la da ni él ni otro más guapo que él, y en fin... ¿te enteras?

—Naá, Perico, mañana á la noche va á haber aquí leña.

—¡Eso es!

—Dame á mí las señas del tío.

—Mía, él es una persona... ¿entiendes tú? ¡valiente persona! Paese un rey de aquellos que hay en el Retiro...

—Un hombre estrecho y largo, ¿eh? Un silbante...

—Ca, hombre ¡un *fenómeno* de gordo! Lo mesmo que una cuba... así ancho de *caderas*, con mucha panza; en fin, ¡una *osa!*

de comprender los sublimes arranques del génio.

El periódico de la asociación guardó, sin embargo, un silencio tan prudente como generoso acerca de esta infame cábala, limitándose á lamentar que por falta de verdaderos actores, tuviese que guardar su drama para mejor ocasión el incomparable poeta D. Pedro Perez.

Al fin, una sociedad de aficionados se atrevió (¿á qué no se atreve una sociedad de aficionados?) á tomar á su cargo la interpretación de aquel sublime aborto del génio.

La interpretación fué digna de la obra, y la silba digna de la interpretación.

—¡Mi siglo no me comprende! exclamó Pedro con la amarga resignación del verdadero génio. También Alarcon fué silbado por la turba ignorante de su época. La justicia es obra del tiempo. ¡Confíemos en el porvenir!

Desde entonces ha arrojado aquella pluma que debía inmortalizar el nombre de Pedro Perez. Desde entonces él y sus amigos pasan la vida en el café, alrededor de una mesa, virgen de todo servicio, y allí disertan largamente cada noche acerca del génio, de la grandeza del génio, de la misión del génio, de la autonomía del génio y de las amarguras del génio en la tierra.

Federico Balart.

Los suscritores de provincia cuyo abono termine en fin de este mes, se servirán renovar á tiempo, á fin de evitar retraso en el recibo del periódico.

CASILDO Y CARALAMPÍA,

NOVELA ORIGINAL

DE DON DOROTEO EXVOTO.

(Aprobada por la censura.)

PROSPECTO.

Los padres de familia, los hijos de idem, el orden social y otras cosas así han movido al editor á publicar esta novela, una de las mejores que habría escrito su autor, si hubiera escrito otra. El nombre del autor es la mejor recomendación... y basta que lo diga el editor.

En esta obra, á pesar de los caracteres, la virtud sale triunfante, por cuyo motivo no puede ser un retrato fiel de la sociedad; pero así á lo menos se verá que la virtud sirve siquiera para las novelas.

16 páginas, medio real en todas partes.

CAPÍTULO PRIMERO.

Caralampía era hija de padres pobres, pero ladrones.

—Con que es decir, que un hombre asina, gordo...

—Sí, muy feo.

—Mañana se le dá la gran paliza.

—¿Á qué hora os espero?

—A las ocho.

—Pues hasta las ocho.

—¡Anda con Dios, chiquillo!

V.

Don Bernabé se acostó soñando un paraíso de venturas. Su destino le arrastraba hácia una mujer estrepitosamente bella.

—¡Oh amor! decía mi hombre comenzando á dar resoplidos épicos, ¡oh amor! ¡y á qué escesos me conduces! Mañana, cuando la noche tienda sus espesísimos crespones sobre esta villa heroica y nunca bien ponderada, una alma grande y sensible y amiga de jaleo, se acercará á la plazuela de Jesus...

Al decir esto, D. Bernabé principió á sudar horriblemente.

Le caía cada gota como un melocoton de mi tierra.

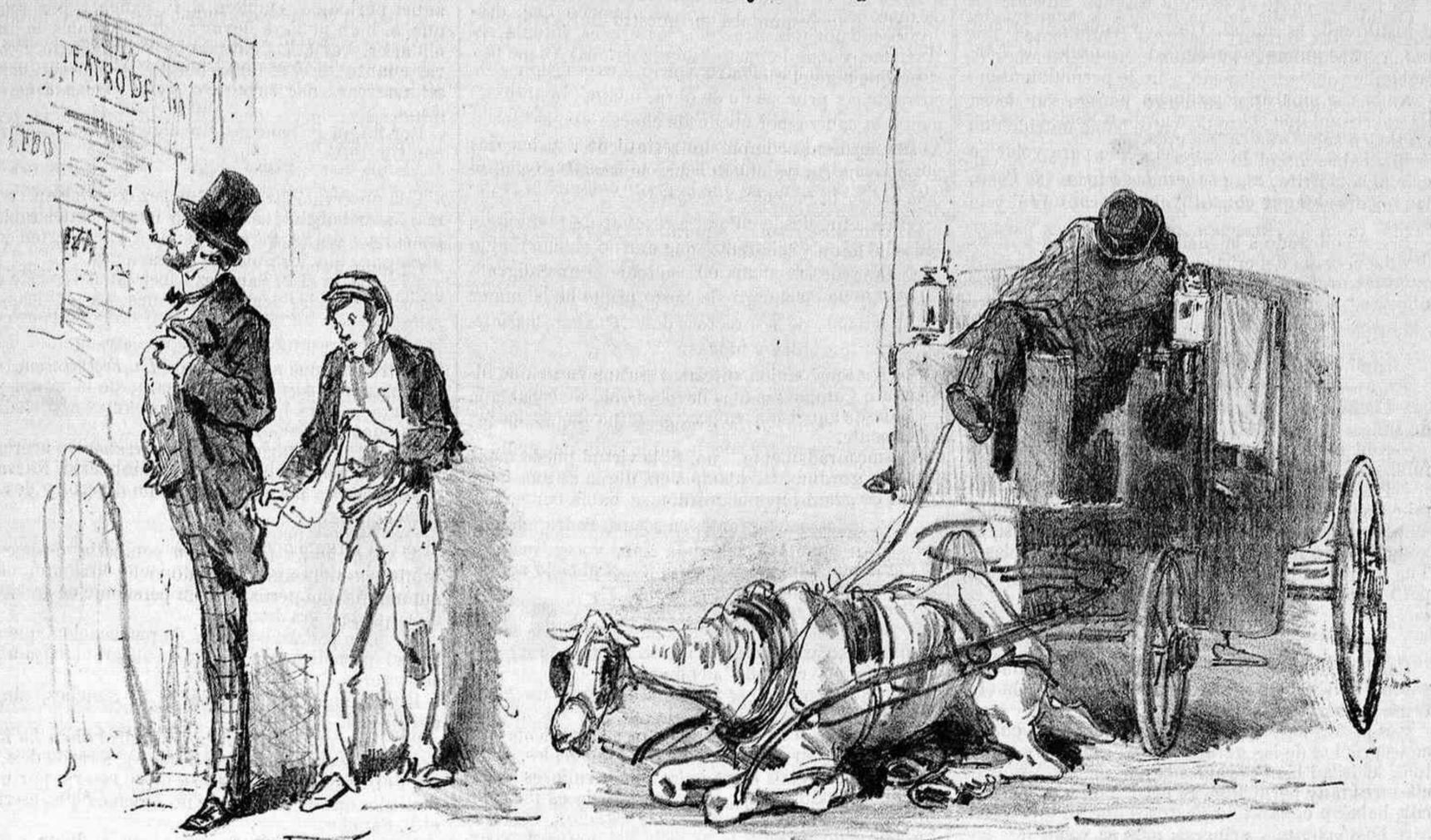
Y es que su naturaleza comenzaba á ensancharse.

—¡Brrrr! ¡brrrr! decía el infeliz ciudadano dando vueltas en la cama; ¡ya ha dado principio la semana gorda!... ¡Ay de mí!

En efecto, empezaba á armarse la gorda en la persona de mi héroe.

Eusebio Blasco.

(Se continuará.)



Cuadro 1.º-EL DESCENDIMIENTO, copia del cuadro de M.^r Caco, pintado con dos dedos sobre el fondo de un bolsillo. (Escuela flamenca.)

Cuadro 2.º-EL CARRO DE VENUS TIRADO POR MORFEO.- Este cuadro es notable por lo que oculta.



D. Perce

Cuadro 3.º-EL SUSPIRO, cuadro mitológico, copia de M.^r Escamati. (Escuela de buen tono.)



Cuadro 4.º-EL TRIUNFO DE LA AMAZONA EN LA CALLE DE SEVILLA, copia del cuadro al fresco de Mad.^{me} Torini (Escuela andaluza.)

Casildo descendía de una familia de acaudalados comerciantes, de muy piadosos sentimientos, que había perdido todo su caudal en operaciones de Bolsa.

Ambos se amaban con aquella pureza, con aquella excelstitud que solo experimentan los jóvenes que no tienen sobre qué caerse muertos.

Ella había cumplido veinte años, y desde la calleta al cochifrito, era poseedora de todas las honestas habilidades que constituyen el encanto del bello sexo.

Él había llegado á la edad viril, cumplía con todos los deberes del cristiano, y lo mismo se echaba acuestas un fardo de nueve arrobas que una pesadumbre.

CAPÍTULO II.

¡Cuando digo que se amaban!...

En una noche plácida y tranquila... le dijo ella: —Casildo, la muerte y la vida están en manos de Dios.

—¡Oh! replicó él con acento de convicción profundísima.

—Pues bien, mi padre, mi madre, la Anastasia y mi corazón, todos me dicen lo mismo. Casémonos.

—Sí, dijo él entusiasmado; sí, bella virgen, sí, casémonos. No me importa la desigualdad de clases. Tus padres nada tienen, los míos fueron muy ricos; pero mi amor vencerá todos los obstáculos.

CAPÍTULO III.

Casildo, fiel á su palabra, se dirigió á sus buenos padres, pidiéndoles permiso para casarse con la virtuosa Caralampia.

Los padres de Casildo hartos consideraban que la conservación de las gerarquías es indispensable en toda sociedad bien organizada; que la confusión de clases es muy pernicioso. Si ellos hubieran sido ricos, habrían consentido gustosos que su hijo se casara hasta con una princesa; mas se veían tan pobres, que no se atrevían á arrostrar las consecuencias de un matrimonio desigual.

Casildo empero estaba enamorado, y fué tan elocuente, tan persuasivo, que sus padres no pudieron resistir á sus vivas instancias, y le dieron el deseado permiso, forjándose la ilusión que el haber dejado de vivir con holgura casi era igual á vivir pobremente.

CAPÍTULO IV.

¡Se casaron!

Se casaron, y desde el primer momento de su matrimonio empezaron las amarguras de Caralampia. Quiso reñir con su suegra, y su suegra le volvió la espalda.

CAPÍTULO V.

Un día... El cielo estaba oscuro; el sol cubierto por espesos nubarrones. Soplaba el cierzo con violencia, y su fragor parecía de siniestro augurio.

Pasó al lado de Caralampia un hombre de mirada fatídica y chaleco amarillo, como el jaramago de Rioja, y al tiempo de saludarla dijo con sonrisa indefinible:

—¡Caracoles y qué guapa se ha puesto Vd., Caralampia!

Ella se puso colorada como una fresa de los Alpes, y concentrando su pensamiento y apelando á su recto juicio, dijo:

—¡Velay usted!

CAPÍTULO VI.

Entra Caralampia en la cámara conyugal; penetra con firme paso hasta el rincón de la derecha; separa con mano segura la guitarra, que estaba arriada á la pared; se baja para recoger el pedazo de espejo que estaba detrás, y sin levantarse, en cuclillas como estaba, se contempla con faz serena.

—Sí, dijo, sí, me he puesto guapa; aquel hombre sabe leer en el rostro de sus semejantes. Pues bien; vengan seductores, vengan galanes babosos, yo triunfaré de todos: mi virtud y el amor que tengo á Casildo me harán salir vencedora de esa lucha satánica.

CAPÍTULO VII.

Dijo, y bajó otra vez á ponerse á la puerta de la calle, cruzada de brazos.

Asomaba á su rostro la provocación más audaz á todos los transeúntes: todo sér masculino era objeto de sus miradas, esperando que se atreviese uno á requebrarla para hacer resonar por el universo el triunfo de su virtud y la más tremenda bofetada.

Mas ¡ay! pasaban hombres y más hombres, y ninguno le decía una palabra, y ella, que se consumía en el ardor de acrisolar su gloria, perdía el tiempo miserablemente como una cualquiera.

CAPÍTULO VIII.

Tres años duró esta angustia.

Caralampia enflaquecía. El comadron de la esquina le dijo que le convendría irse á un pueblecillo, y ella dijo:

—Está hecho. La corrupción reina en Madrid, y sus descreídos habitantes no permiten que la virtud resplandezca. Huyamos á mi pueblo, donde reina

la inocencia. Allí no faltará un zopenco que, deslumbrado por mis atractivos materiales, intente seducirme, y ¡qué bofetada! ¡qué bofetada! Ya me parece que oigo el glorioso ¡pap!

CAPÍTULO IX.

Los esposos partieron el día siguiente. A los dos meses las viruelas habían hecho tales estragos en el rostro de Caralampia, que la gente del pueblo la llamaba «cara de criba.»

Al convalecer volvió á mirarse al espejo, y se compadeció larga y lacrimosamente.

—¿Me seguirá amando Casildo? se preguntó.

Esta duda, esta zozobra, la tuvieron inquieta todo el día.

CAPÍTULO X.

—¡Me ama, cielos, me ama! exclamaba al día siguiente Caralampia al salir su Casildo de casa.

Y desde aquel día empezó á engordar desmesuradamente.

Desmesuradamente... no. Si la virtud puede aspirar á la gordura, Caralampia era digna de una cantidad de grasa hipopotámica.

CONCLUSION.

Caralampia deseó no tener hijos, y el cielo acogió benévolo sus votos.

Caralampia rogó todos los días por la salud y la robustez de su marido, y á cada paso tenía la satisfacción de oír: «Casildo es un bruto; tira tanto como la mejor yegua de la comarca.»

Por fin, Caralampia aspiraba á reunir un corto caudal que le permitiera acabar en paz sus últimos días, y ahora se le acaba de morir una parienta que ha dispuesto en favor suyo de doce mil reales.

Ella y su esposo viven felices, ni envidiosos ni envidiados, y la única pena de Caralampia es un callo que la molesta á cada cambio de estación, como si hubiera sido enviado á su dedo gordo para recordarle que no hay felicidad cumplida en la tierra.

R. Robert.

¡YO MUERO!

Me encuentro en un grave apuro; quiero engordar, y no engordo; el cielo, á mis voces sordo, no quiere oír mi conjuro. No encuentro, aunque lo procuro, un remedio á mi dolor; yo duermo como un prior y devoro como un ogro, y nunca engordarme logro; ¡no lo logro, no señor!

A la ciencia he consultado, y la ciencia me asegura que el no tener yo *gordura* es... porque estoy muy delgado. Un doctor me ha asegurado que esto consiste en las aguas, y mientras tus planes fraguas, ¡oh ciencia imbécil! yo veo que puedo darme un paseo por la funda de un paraguas.

Apurar, cielos, pretendo porque me tratabas así, no sé que vá á ser de mí como siga enflaqueciendo. Ello es que ya voy venciendo á Frontaura, á Escrich, y á Saco, he dejado ya el tabaco, no tomo té, ni café, pero nada, no hay de qué, ¡cada día estoy más flaco!

Remedio á este daño horrible no encuentro, ni por asomo; y es que como, ¿pero cómo? de una manera terrible. Hay quien dice que es posible causen mi daño las faldas, mas yo no tejo guirnalda á Venus; me han calumniado, y esto me tiene... cargado; si tal, cargado de espaldas.

Harto estoy ya de vivir, ¡oh muerte! yo te deseo; para estar como un fideo es preferible morir. Cualquiera puede decir que debo pagar excesos; al fin los hombres obesos van *solos*, pero yo, no; ¿dónde me presento yo con este almacén de huesos?

Eusebio Blasco.

CABOS SUELTOS.

A la carta circular del propietario de *La Regeneración*, Sr. Peral de Cuevas, acaba de replicar el padre Sanchez, —y de lo lindo. En una hoja suelta dirigida á los suscritores de

aquel periódico, empieza el P. Sanchez por sentar que, si bien pudiera llevar á los tribunales de justicia al Sr. Peral de Cuevas, ofrece no hacerlo y tolerar cuanto de él se diga, porque *la calumnia, aunque sea venenosa, solo sirve para labrar corona á la inocencia.*

Por fin, el P. Sanchez dice algo que está conforme con GIL BLAS.

Una observación: el P. Sanchez cree que en vez de ir á los tribunales, se defiende mejor contestando á los cargos del Sr. Peral, y dando á éste libertad completa para que formule sus acusaciones.

¿No podría el P. Sanchez hacer extensivo este sistema á todas las demás cuestiones, ya políticas, ya religiosas?

Entre las muchas gracias de *La Regeneración*, que servirán para edificar en el camino de la virtud y la constancia á los buenos suscritores á este periódico, se encuentran las siguientes:

1.º El propietario de *La Regeneración* se acercaba á un personaje de la situación (ministerio Narvaez) y de palabra y por escrito le pedía dineros y los recibía.

Esto es muy neo-católico.

Al ver cómo *La Regeneración* combatía despues al ministerio O'Donnell y á todo vicho viviente, es de suponer que no tenía ningun personaje de la situación que le diera *dineros*.

2.º Que se daba bombo á la persecución que sufría el periódico con objeto de sacar el trigo á los suscritores.

Esto siempre, segun dice el P. Sanchez, sin su aprobación.

3.º Que una casa-banca de Madrid dió á *La Regeneración* por espacio de quince meses, á razon de 4,000 reales mensuales, la cantidad de 60,000 rs. por unos artículos que en defensa de no sabemos qué, escribía el P. Sanchez.

Y esto lo dice el P. Sanchez con el dolor consiguiente á quien no vió un real de esos 60,000 que se embolsó católicamente el Sr. Peral de Cuevas.

Pero llegó un día en que el P. Sanchez dijo: «Me planto,» y no escribió más artículos, y el propietario dejó de recibir el momio de los 4,000 rs. mensuales.

¡Oh ingratitud! ¡Oh intención de cura, y de cura Sanchez, que no tiene cura!

En cambio de esto, el P. Sanchez hizo su viaje á Malinas, viaje muy católico, y *La Regeneración* no le abonó ni un cuarto sobre los gastos.

Ya iría yo otra vez á Malinas, P. Sanchez, ni á Melilla tampoco, para dar con esos ingratos que se embolsan las subvenciones y le dejan á uno colgado con los gastos del viaje.

Falta el rabo por desollar.

La Regeneración ha sido muy valiente para combatir los ilustres infortunios.

Pero lo que ignorábamos es que el propietario de la idem, no viniese á Madrid durante el cólera, lo cual dió motivo á que le quitasen su destino, que disfrutaba merced á la tolerancia del gobierno al que combatía tan encarnizadamente.

Una vez que el propietario se vió cesante, quiso hacer ver á los buenos suscritores de *La Regeneración*, que este contratiempo lo debía por defender las doctrinas del periódico.

Y dice el P. Sanchez: ¡Quí! ¡Si Vd. no escribe!

Despues de pensar un rato en estas gracias de *La Regeneración*, coja Vd. al P. Sanchez y al Sr. Peral de Cuevas, átelos fuertemente, arrójelos en seguida á un campo de víboras, y á la mañana siguiente todos serán cadáveres....

(Escepto el P. Sanchez y el Sr. Peral de Cuevas.)

**

He visto *Gibraltar* en 1890.

Como quien dice, he visto los imposibles.

La música de *Gibraltar* en 1890 es de rechupete.

Si señor, muy buena.

Vamos, lo que se llama buenísima.

En fin, una señora música.

Digámoslo de una vez:—música de Barbieri.

—¿Qué le parece á Vd. aquella hija del general gobernador de Gibraltar metida en líos con el barbero?

—Diré á Vd., un inglés me parece mal en cualquiera parte; pero una inglesa... ya es otra cosa.

El rábano por las hojas me parece algo peor, pero cumple con su título y vaya todo por Dios, que el rábano por las hojas lo tomó solo el autor.

EDITOR RESPONSABLE, D. SANTOS SALMERON.

MADRID: 1866.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 12.